

Mensaje para la paz de Juan Pablo II

El siglo XX y los Derechos Humanos (I)

P. Fco. Javier Ibisate, S.J.

Respeto a la dignidad humana

Como todos los años, el Papa ha escrito un mensaje sobre la paz. Juan Pablo II nos dice que la paz nace del respeto de los derechos humanos, mensaje que forma parte de una tradición que él hereda de sus predecesores y que a su vez él presentó desde su primera encíclica *Redemptor hominis* ya en 1979. El actual mensaje no es etéreo ni abstracto, sino que en él el Papa aterriza progresivamente sobre campos concretos donde, a lo largo del siglo XX, se han conculcado la mayoría de los derechos humanos. Para las personas de cierta edad éstas son historias vividas; para los de menos edad serán memorias mejor o peor transmitidas; y para todos, mayores y menores, el presente siglo está lleno de claroscuros.

Conviene recordar que Juan Pablo II es polaco de nacimiento, país crucificado entre dos depredadores, Rusia y Alemania. El ha conocido los desmanes y atrocidades cometidos por ambos imperios contra los más fundamentales derechos humanos, y el Papa lamenta que, bajo nuevas modalidades, se sigan cometiendo similares crímenes contra la humanidad. Ninguno de los regímenes político-económicos queda libre de lo que el tribunal de Núremberg, en 1945, calificó como crímenes contra la paz, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Juan Pablo II hace un primer recorrido de nuestro siglo:

“La historia contemporánea ha puesto de relieve de manera trágica el peligro que comporta el olvido de la verdad sobre la persona humana. Están a la vista los frutos de ideologías como el marxismo, el nazismo y el fascismo, así como también los mitos de la superioridad racial, del nacionalismo y del particularismo étnico. No menos perniciosos, aunque no siempre tan vistosos, son los efectos del consumismo materialista, en el cual la exaltación del individuo y la satisfacción egocéntrica de las aspiraciones personales se convierten en el objetivo último de la vida. *En esta perspectiva las repercusiones negativas sobre los*

demás son consideradas del todo irrelevantes” (p. 4-5).

Muchos estudios nos revelan las atrocidades y los desaparecidos, por millones, bajo el nacional-socialismo nazi y bajo los regímenes comunistas. Pero al Papa le angustia que esos crímenes se reproducen hoy día, en forma cruenta y por razones étnico-raciales y religiosas, en tantas naciones y continentes. La “tierra santa” es uno de los ejemplos. Sin embargo, la condena más explícita que hace el Papa va dirigida al capitalismo neoliberal. A este modelo Juan Pablo II le dedica más espacio y más razones. Dice que no menos perniciosos son los efectos del consumismo materialista (es decir ateo) que exalta la satisfacción egocéntrica de las aspiraciones personales como el objetivo último de la vida. Esta ideología neoliberal es causa de millones de crímenes incruentos. “En esta perspectiva, las repercusiones negativas sobre los demás son consideradas del todo irrelevantes”.

El Papa hace una aplicación concreta y universal de la parábola del Buen Samaritano: el actual capitalismo pasa de largo ante la creciente pobreza, desempleo, marginación social, y quizás algunos de sus afiliados frecuentan el templo.

El derecho a la vida

Cuando Moisés recibió las tablas de la ley no se imaginó que el “no matarás” fuera a violarse de tantas maneras, masivas las unas y no tan vistosas las otras. El hedonismo materialista ha generalizado la extendida práctica del aborto, de la vida que nace, un pecado que el Papa viene condenando continuamente porque, además, también traumatiza la psicología de la mujer, hecha para gestar la vida con amor; y el aborto no es amor. También el Papa manifiesta profundas inquietudes por los descubrimientos de la ingeniería genética, que recuerdan los experimentos racistas nazis. Serían vidas que no nacen de un amor humano y responsable. Este tema requiere “una atenta reflexión ética”, que trasciende estas breves líneas.

El Papa descende a ejemplos de respeto a la vida "al por mayor". "Optar por la vida comporta el rechazo de toda forma de violencia. La violencia de la pobreza y del hambre, que aflige a tantos seres humanos; la de los conflictos armados; la de la difusión criminal de las drogas y el tráfico de armas; la de los daños insensatos al ambiente natural" (p. 8). En cinco líneas de su mensaje el Papa da materia para cinco libros.

El Papa tomaría prestada una frase de Gandhi: la pobreza es la mayor violencia. El Papa leyó las estadísticas sobre la generalización de la pobreza presentadas en la cumbre mundial sobre el desarrollo social en 1995, y también estaría de acuerdo con nuestro documento "bases para un plan de nación", 1997, que pone como nudo gordiano o problema crucial a la pobreza estructural y a la marginación socio-cultural. El Papa está de acuerdo con los datos presentados ante el grupo de gobernadores del Banco Mundial por el Dr. James Wolfensohn el 6 de octubre de 1998, y quizás estaba escribiendo su mensaje cuando Wolfensohn pronunció su discurso en el Banco Mundial. He aquí sus palabras:

"Hoy, mientras hablamos de la crisis financiera, en todo el mundo 1300 millones de personas subsisten con menos de un dólar por día; 3000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1300 millones no tienen agua potable; 3000 millones carecen de servicios de saneamiento, y 2000 millones no tienen electricidad.... Imágenes sombrías, sobrecogedoras de desesperación, impotencia y miseria"... (ECA, 1998; pp. 1004...)

Por ello Juan Pablo II eleva su voz contra un modelo materialista para el cual "las repercusiones negativas sobre los demás son consideradas del todo irrelevantes". No significa esto que el neoliberalismo haya sido el único creador de pobreza, sino que también la crea y que es insensible ante la pobreza. No se arrepiente, ni pide perdón. Incluso el Papa, al hablar del respeto al medio ambiente, dirá

que las normas jurídicas no son suficientes y que el peligro de los graves daños ecológicos "exige un cambio profundo en el estilo de vida típico de la moderna sociedad de consumo, particularmente en los países más ricos". Ese modelo no sólo es insensible a la pobreza presente, sino que su estilo de vida, al agotar más recursos naturales, recrea la futura pobreza. En pocas palabras, el consumismo materialista no es un modelo físicamente posible para todos, ni tampoco es éticamente recomendable. Simplemente, no es un modelo.

(En el siguiente número analizaremos lo que dice el mensaje sobre el derecho a la paz y la globalización de la solidaridad).♦

